

HISTORIA CULTURAL Y MÉTODOS CUANTITATIVOS

por

FRANÇOIS LÓPEZ

Partiendo de la evidencia de que las Luces en España fueron un fenómeno menos poderoso, más minoritario que en Francia, Inglaterra y los países germánicos, puede sentir el estudioso el deseo, la necesidad de apreciar diferencias, valuar y medir desniveles. Si esto se propone, tendrá que asomarse a varios sectores de la historiografía: al nivel más amplio y profundo, las investigaciones sobre el proceso de alfabetización y educación: al de las elites, la historia de las enseñanzas universitarias y de los demás centros docentes. También habrá de informarse sobre la producción y difusión del libro, intentando averiguar la importancia de las novedades, el carácter moderno de las publicaciones, sin desatender, claro está, los demás elementos del conjunto editorial. El estudio de la lectura es otro campo, dividido en parcelas que vienen siendo cada vez más numerosas. El modo de leer, en voz alta o, al contrario, íntima y silenciosamente es, desde hace poco, algo que viene interesando al historiador (1). Más conocidos son los trabajos que vienen dedicándose a los inventarios de bibliotecas, siendo los archivos notariales la base documental utilizada por quienes han emprendido, en el marco de la moderna historia urbana, indagaciones sobre la presencia del libro en los bienes de distintos estratos sociales.

Destacaré en esta ponencia algunas de las recientes aportaciones que debemos a los especialistas de los sectores mencionados, limitándome, porque no todos los aspectos de la vida cultural pueden ser evocados en una hora, a la historia de la alfabetización, a la producción y difusión del libro,

(1) Roger CHARTIER, "Les pratiques citadines de l'imprimé", *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, Paris, Editions du Seuil, 1987.

a los inventarios de bibliotecas, y acabaré con unas reflexiones sobre la noción de "población de escritores", que Robert Darnton, en su último libro sobre las élites francesas, propone tomar en cuenta para valorar lo que fue la vida intelectual en Francia durante los decenios inmediatamente anteriores a la Revolución.

LA ALFABETIZACIÓN DE LOS ESPAÑOLES

En dos números de la revista interuniversitaria *Historia de la Educación* (años 1984 y 1985) se publicó un trabajo fundamental de A. Viñao Frago titulado: "Del analfabetismo a la alfabetización. Análisis de una mutación antropológica e histórica". Presentaba dicho estudio un amplio balance de la cuestión, exponiendo teorías, métodos y fuentes, así como los resultados hasta entonces conseguidos en la historia de los principales "modelos europeos": el protestante nórdico o sueco, el prusiano alemán, el inglés, el escocés, el francés, y, en cuanto a España, unos rasgos generales e hipótesis a la vez muy sugerentes y sorprendentes. Poco tiempo más tarde proporcionaba el mismo historiador otro estado de la cuestión, centrado en el caso español, con motivo de la celebración del quinto centenario de la muerte de Carlos III (2), y acaba de volver a tocar el tema en la obra colectiva *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización* (Madrid, 1992).

Estos trabajos que toman en cuenta las más recientes investigaciones son de imprescindible consulta para quien quiera saber sobre qué bases puede edificarse una historia de la cultura española. Como debo ahora ceñirme a unas generalidades citaré tan sólo dos fragmentos de dichos textos. He aquí el primero:

"Durante el XVI y el primer tercio del XVII no parece que la situación española fuera comparativamente inferior que la francesa, por ejemplo, al menos en el medio urbano y masculino que es el habitualmente estudiado. En el período intermedio (desde 1620/1640 hasta 1730/40) hay indicios (a confirmar) de estancamiento, regresión o crecimiento débil, según las zonas" (3).

Esto coincide con la evolución de que habla Richard Kagan en su libro sobre *Universidad y sociedad en la España moderna*. Todo parece indicar que el fin del Siglo de Oro de la cultura española, a su nivel más profundo, se sitúa en torno a 1640. En cuanto al siglo XVIII, escribe Antonio Viñao:

"Desconocemos la situación de partida a mediados del siglo XVIII. Pero sí tenemos una aproximación fotográfica de fines de dicho siglo, tras al me-

(2) Antonio VIÑAO FRAGO, "Alfabetización e Ilustración: difusión y usos de la cultura escrita", *Revista de Educación, Número extraordinario 1988. La Educación en la Ilustración Española*, (Madrid), p. 275-302.

(3) "Del analfabetismo a la alfabetización. Análisis de una mutación antropológica e historio-gráfica" (II), *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, núm. 4, enero-diciembre 1985, p. 225.

nos tres décadas de Ilustración y reformas (o intentos de reforma): ni siquiera cada uno de cuatro niños/as estaba escolarizado/a (y ello sin considerar los modos y características de esta escolarización, asistencia, etc.).

Todo sugiere, sin embargo, una cierta expansión y mejora de la escolarización y alfabetización (en términos absolutos, no porcentuales) en la segunda mitad del siglo XVIII o, al menos, un mayor interés por las cuestiones relacionadas con el aprendizaje y uso de la lectura y escritura, así como un incremento de la demanda y oferta de los instrumentos básicos para su aprendizaje". A Viñas (4).

Así, pues, el proceso de alfabetización, en vez de ser continuo, lento y regular, aunque de desigual importancia según las regiones, como en Francia, o irregular con fases de estancamiento y luego fuertes avances, como en Inglaterra, habría sufrido en España una crisis secular (de 1620/40 a 1720/40), supongo que agravada por los estragos de la guerra de Sucesión, y sólo se notaría una cierta expansión y mejora en la segunda mitad del siglo XVIII, progreso debido al incremento demográfico sin que se pudiese hablar de aumento porcentual. De modo que poca influencia tuvieron los proyectos ilustrados e incluso la Real Cédula de 12 de julio de 1781 declarando "tácita e indirectamente obligatoria la enseñanza de primeras letras".

¿Cómo pueden conciliarse tan modestos y limitados progresos con la muy marcada expansión de la producción tipográfica cuyos indicios inequívocos abundan y que a ningún dieciochista, hoy día, se le ocurriría poner en duda? Sabido es que carecemos todavía de estudios sobre el volumen de dicha producción a lo largo de todo el siglo (y lo mismo cabe decir de las épocas anteriores). Para tener por lo menos una idea de lo que fue la oferta de libros en el mercado español y de las características de estas obras, Paul-J. Guinard estudió los anuncios de librería aparecidos en la *Gaceta de Madrid* en los años 1726 (58), 1737 (91), 1738 (114), 1742 (49) y las variaciones anuales hasta 1763 (siendo alcanzado el máximo en 1755-1756 con 133 títulos) (5). Esta notable progresión no significa que se hayan producido más libros en los períodos considerados sino que la práctica comercial del anuncio en la *Gaceta* ha sido utilizada cada vez más por libreros, impresores e incluso autores en una época anterior a la Ilustración propiamente dicha. Luego Nigel Glendinning, aprovechando la misma fuente, trató de mostrar las tendencias (cualitativas y cuantitativas) de las publicaciones anunciadas, considerando los años 1730, 1760, 1790 y 1815. Pero apuntaba el autor que había añadido por su cuenta y riesgo las cifras para los tres últimos años. La única

(4) "Alfabetización e Ilustración...", art. cit. p. 289.

(5) Paul-J. GUINARD, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1973, p. 54.

(6) Nigel GLENDINNING, *El siglo XVIII (Historia de la literatura española, 4)*, Barcelona, Ariel, 1973, p. 201-202.

novedad que presentaba al respecto lo que yo publiqué en mi tesis dos o tres años más tarde (en 1976) era presentar los resultados de unos sondeos no ya anuales sino quinquenales, escogiendo los períodos siguientes 1721-1725, 1741-1745 y 1784-1788 (7). Para este último me pareció conveniente utilizar conjuntamente la *Gaceta* y lo que fue el primer intento de bibliografía nacional: la *Biblioteca periódica anual*, cosa que me fue reprochada ya que no hay que basarse en fuentes heterogéneas cuando se procura hacer un estudio serial, pero con el tiempo me he dado cuenta de que los autores de la *Biblioteca periódica anual* hicieron poco más que compilar los títulos que venían apareciendo en la *Gaceta*, de modo que no eran tan heterogéneas mis fuentes.

El cotejo de las cifras obtenidas para los dos quinquenios 1741-1745 y 1784-1788 permitía observar una espectacular progresión cuantitativa: de 430 títulos anunciados en el primero a 1200 en el segundo. Esto, unido al examen cualitativo, por categoría, revelaba un fuerte incremento de los sectores de bellas letras, de ciencia y artes, por tanto una secularización evidente, y también una diversificación mucho mayor de la producción, la importancia creciente de las novedades y, correlativamente, del público al que iban ofrecidas, ya que empezaban a componer o traducir ciertos autores para las madres de familia, los niños y se ponía de moda lo "sensible" y lo sentimental. Todo ello me incitó a presentar en un coloquio sobre *Libro y lectura en España y en Francia bajo el Antiguo Régimen* (8) un panorama muy halagüeño de la Ilustración en su apogeo, y a concluir que el número de lectores, la demanda, habían conocido un fuerte aumento en los últimos años del reinado de Carlos III.

Lo que descubren los especialistas de la historia de la alfabetización difícilmente puede compaginarse, al parecer, con lo que afirmaba yo (y afirmaban otros) acerca del aumento del número de lectores. Habíamos creído que los progresos de la educación y ciertos cambios sociales habían generado una demanda mucho más fuerte de libros. Pero si el proceso de alfabetización no hizo más que seguir el aumento de población sin llegar siquiera a ser porcentual ¿cómo explicar el contraste que hay entre una producción de impresos mucho más fuerte en los últimos decenios del XVIII español (europeo en general) y una base social de lectores potenciales que va ampliándose, por cierto, pero no con tanta amplitud como se ha venido creyendo?

Antes de hacer hipótesis, conviene tener en cuenta que no sabemos todavía en qué medida los anuncios de libros y su cantidad reflejan la pro-

(7) François LÓPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII^e siècle*, Bordeaux, Institut d'Etudes Ibériques e Ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux, 1976, p. 64-79 y 474-479.

(8) «"Lisants" et lecteurs en Espagne au XVIII^e siècle. Ebauche d'une problématique», *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime. Colloque de la Casa de Velázquez*, París, Editions A.D.P.F., 1981, p. 139-148.

ducción efectiva en su conjunto. En 1979 exponía un equipo de investigadores de Oviedo los resultados de una gran encuesta bibliográfica cuyo fin había sido calcular la producción tipográfica de España y de la América española en los años 1745-1755. Echando mano de todas las bibliografías por ciudades y provincias, del *Manual del librero* de Palau y además de unos fondos conservados en el archivo del Centro, presentaba dicho equipo una serie de cuadros y estadísticas de los que pueden sacarse las conclusiones siguientes. El promedio anual de los títulos (libros y folletos) asciende en España a 244. En cuanto al volumen de la producción anual (a los títulos recogidos, más bien), varían entre 168 en 1752 y 304 en 1755 (9). Llamen la atención unas variaciones de tal amplitud, pero en los estudios de estadística bibliográfica que se han hecho en Francia se da a veces el mismo fenómeno, como veremos más adelante.

Durante el período 1741-1745 que yo había escogido para computar y analizar los anuncios de la *Gaceta de Madrid*, calculaba que el promedio anual de obras anunciadas era de 86. Aproximadamente y de fiarse de este único dato, las obras anunciadas en la *Gaceta* representarían menos de la tercera parte de las efectivamente publicadas. Huelga decir que sería aventurado pensar que se mantuvo esta proporción, la cual debió de variar si, como creo, en las obras anunciadas en la *Gaceta* se ha hecho elección sobre todo de las novedades y de lo moderno.

Para conseguir las cifras más fiables en cuanto a la producción tipográfica nacional, lo único que puede hacerse es utilizar todas las bibliografías existentes, como hizo el equipo de Oviedo, y la *Biblioteca de autores españoles del siglo XVIII* de Francisco Aguilar Piñal cuyos últimos tomos no tardarán en aparecer. La colaboración de varios equipos trabajando con las mismas bases metodológicas permitiría llevar a cabo este programa en poco tiempo. No hay fuente documental que pueda sustituir con ventaja las bibliografías, en España ni en Francia.

En 1979 se preguntaba Henri-Jean Martin si era posible, a pesar de la ausencia de instrumentos de trabajo fiables, calcular la parte conservada de la producción francesa. Y aventuraba, utilizando sobre todo *La France littéraire* de Quérard, las cifras siguientes, tomando sólo en cuenta los libros, es decir los impresos de más de 48 páginas (que siempre conviene distinguir de los folletos). Serían entre 3.000 y 4.000 en los buenos años 1760-1770. Luego parece haber disminuido la producción, pero los años inmediatamente ante-

(9) Inmaculada URZAINQUI MIQUELÉIZ, Jesús MENÉNDEZ PELÁEZ, Álvaro RUIZ DE LA PEÑA y Juan FERNÁNDEZ GÓMEZ, "La producción de libros de 1745 a 1755: contribución a una encuesta bibliográfica", *La Epoca de Fernando VI*, Oviedo, Cátedra Feijoo instituida en la Universidad por el Excmo. Ayuntamiento de Oviedo, Textos y Estudios del siglo XVIII, 1981, p. 21-56.

riores a la Revolución están sin duda alguna marcados por un muy poderoso incremento todavía imposible de valorar (10).

Volviendo ahora a la distorsión que señalaba entre proceso de alfabetización y aumento de la producción impresa, haré unas hipótesis que tal vez susciten una discusión durante este coloquio. Y mi punto de partida será éste: está comprobado que los progresos de la alfabetización en Francia durante todo el Antiguo Régimen fueron lentos, continuos, desiguales en el nordeste y el sur-sureste. No hay notables avances antes del siglo XIX. En cambio la producción de libros pasa, según Henri-Jean Martin, de unos mil libros a principios de siglo a 3.000 o 4.000 en los años 1760-1770, luego parece disminuir y por fin conoce un fuerte incremento antes de la Revolución. Según esto, no hay forzosamente correlación entre proceso de alfabetización y producción de libros. Puede admitirse que en España se han dado a la vez un espectacular crecimiento e incluso una mutación de la industria del libro por una parte, y, por otra parte unos modestos progresos de la alfabetización, debidos más al crecimiento demográfico que a un fomento efectivo de la educación.

El problema aquí planteado es, de todos modos, de gran complejidad. Porque lo que convendría aclarar es si hubo más lectores en los últimos decenios de la Ilustración que anteriormente, durante el largo período todavía oscuro que media entre 1640 y 1740. Los especialistas de la historia de la alfabetización están de acuerdo en que "la firma es un buen barómetro de la alfabetización", y también en que existe una "fuerte correlación entre la aptitud para firmar y la capacidad de leer y escribir". Pero algo es ser capaz de leer, y otra cosa, muy distinta, ser un lector asiduo. Es evidente que hay más "capacitados" (individuos que han adquirido la capacidad de leer pero que son iletrados) que lectores propiamente dichos. Durante la Ilustración, ¿se convirtieron en lectores efectivos muchos individuos que en tiempos anteriores sólo lo hubiesen sido potencialmente, a la par que aumentaba el número de alfabetizados? En otras palabras: ¿debemos considerar que un número no muy mayor de españoles se dedicó cada vez más a la lectura? Otro interrogante: ¿nos traerá al respecto algunas informaciones el estudio de los inventarios de bibliotecas, realizado a gran escala en el marco de la historia urbana?

INVENTARIOS DE BIBLIOTECAS

Basado en los inventarios *post mortem* y otros documentos notariales afines, el estudio de la posesión privada del libro ha conocido un poderoso desarrollo en Francia permitiendo observar y medir evoluciones culturales

(10) Henri-Jean MARTÍN, "La librairie française en 1777-1778", *Dix-huitième siècle*, (Paris, Editions Garnier frères), 1979, n° 11, p. 87-112.

en muy dispares ámbitos sociales. Bien saben los especialistas de esta nueva disciplina que la fuente que utilizan exige mucha prudencia, porque no es, socialmente, muy representativa; porque son de difícil identificación muchos títulos de libros descuidadamente apuntados por un notario, porque es obvio que no todos los libros leídos por un individuo son libros adquiridos y conservados por él, porque la significación que tiene la posesión de un libro no es inequívoca. ¿Corresponderá a una lectura personal, a una herencia conservada, será un instrumento de trabajo o un libro nunca abierto? ¿Será el compañero íntimo o un mero atributo de una condición social ostentada? Por otra parte, cómo explicar que a mediados del siglo XVIII menos de la cuarta parte de los parisinos posean libros mientras que en las ciudades del oeste de Francia representan un 33,7%? ¿Qué explicación dar al hecho de que este desnivel entre la capital y las ciudades del oeste vaya acentuándose unos años más tarde? Ésta es la problemática brevemente expuesta por Roger Chartier en uno de los estudios recogidos en *Lectures et lecteurs dans la France de l'Ancien Régime: "La possession privée du livre"*.

A pesar de todas estas incertidumbres han sido muy fecundas las investigaciones llevadas a cabo en Francia porque permiten ver evoluciones socio-culturales y desmitificar en muchos aspectos las concepciones que se tenían del Siglo de las Luces. Italia y Alemania cuentan también con algunos trabajos sobre el tema, pero no son tan numerosos. En España, este sector historiográfico ha conocido a partir de los años 1980 un muy notable desarrollo, desde los primeros trabajos de Moreu Rey sobre Barcelona, Barreiro Mallón sobre Santiago de Compostela, Moreno sobre Lorca, Lamarca Langa sobre Valencia, Álvarez Santaló y García Baquero sobre Sevilla y Cádiz. Mucho se espera de la tesis que prepara Javier Burgos Rincón sobre librerías, imprentas e inventarios de bibliotecas en Barcelona así como de la síntesis que de sus trabajos han de publicar Álvarez Santaló y García Baquero (11).

Del conocimiento parcial, insuficiente todavía, que tengo de dichos estudios, he sacado la impresión de que, en los inventarios y demás documentos utilizados, los libros verdaderamente representativos de la Ilustración aparecen escasa y tardíamente en las bibliotecas privadas localizadas. Presentando un avance de la tesis de su discípulo Burgos Rincón en el gran coloquio sobre la Burguesía organizado el año pasado por la Universidad Complutense, afirmaba García Cárcel que la burguesía barcelonesa no tenía "lecturas ilustradas" antes de los años de 1780. Anteriormente Genaro Lamarca había concluido su tesis (todavía inédita) sobre *Libros y bibliotecas. Para una sociología de la cultura. Valencia. 1740-1808* con estas observaciones: "De ninguna manera puede ser valorado el contenido de la generalidad de las bibliotecas valencianas de la segunda mitad del siglo XVIII de abierto,

(11) Antonio VIÑAO FRAGO, "Alfabetización e Ilustración...", art. cit., p. 294-297.

innovador o mucho menos ilustrado. Todo lo contrario: encontramos bibliotecas pequeñas, pobres y barrocas, y en otro sentido funcionales, es decir, básicamente para cubrir necesidades como las religiosas, las profesionales y en mucha menor medida las de diversión. El libro no aparece como elemento difusor de un mundo nuevo, sino como conservador de otro antiguo".

¿Serán confirmadas estas conclusiones por otros trabajos? Tal vez, pero, aunque así fuere, siempre convendrá, pasando de la perspectiva diacrónica a la sincrónica, comparar los libros poseídos por las mismas categorías sociales en todas las ciudades españolas que se estudien, ver qué obras figuran en bibliotecas de magistrados, de militares, de negociantes, de eclesiásticos. También las clases populares, artesanos, tenderos, criados, que constituyen fundamentalmente la parte urbana del conjunto que llamamos pueblo, son dignas de atención, aunque sólo hayan poseído uno o dos libros. Además de tal o cual grupo social, la presencia a lo largo de todo el siglo de ciertas categorías de obras, merece ser objeto de análisis como el que ha dedicado Álvarez Santaló a la religiosidad popular en Sevilla (12). Y al tratar este tema, habrá que tener presente que en las humildes "bibliotecas" del pueblo de París, hasta la época de la Revolución, predomina de manera aplastante la literatura de devoción, como bien lo ha dejado en claro Daniel Roche (13).

Todos sabemos, además, que la historia de la lectura abarca mucho más que el examen de los inventarios de bibliotecas. El libro circula, se presta, se alquila. Antes de que aparecieran gabinetes de lectura en España (donde no existieron antes del siglo XIX), solían algunos libreros alquilar obras, y la biblioteca de un particular servía a menudo para amigos y conocidos. Se leía en tertulias, en academias, seminarios. Sobre este tema habría que reunir todos los testimonios que nos puedan brindar los archivos y los textos de la época. Si hay un abismo entre la producción, la oferta de novedades y lo que dejan ver los inventarios de bibliotecas, nos toca reconstruir los diferentes medios de difusión del libro. La ausencia de una obra determinada en los inventarios de una ciudad entera cuando nos consta que dicha obra, varias veces reeditada a lo largo del siglo, ha sido un éxito (pienso en las obras de Torres Villarroel, del P. Isla, en las novelas de fines de siglo) es algo que hay que tratar de explicar. Recuérdese un hecho muchas veces comentado: el ensayo pionero de Daniel Mornet titulado "Les enseignements des bibliothèques privées" (1910) (14) demostró que en los quinientos catálogos examinados no aparecía más que un único ejemplar del *Contrato social* de Rousseau,

(12) Carlos ÁLVAREZ SANTALÓ, "Adoctrinamiento y devoción en las bibliotecas sevillanas del siglo XVIII", *La religiosidad popular II. Vida y muerte: la imaginación religiosa*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 21-45.

(13) Daniel ROCHE, *Le Peuple de Paris*, París, Editions Aubier Montaigne, 1981, p. 221.

(14) Daniel MORNET, "Les enseignements des bibliothèques privées (1750-1780)", *Revue d'histoire littéraire de la France*, 1910, 17, p. 449-492.

que había de ser la biblia de la Revolución francesa. Todo esto nos obliga a plantear otra vez este problema: ¿qué significación, qué significaciones tuvo la posesión de unos libros hace dos siglos?

Hay otro hecho que conviene subrayar y que por cierto han tenido presente los historiadores mencionados. En los inventarios que hacían los notarios, sólo se mencionaban las obras que podían tener un valor venal. No la podía tener un libro muy gastado, no la tenía un pliego suelto, y debió de ocurrir muy frecuentemente (hipótesis que no es muy aventurada) que la clásica fórmula "y otros papeles" con que acaban no pocos inventarios notariales se refiriera a comedias, historias, entremeses y sainetes, romances y otros humildes géneros de la "romancería" y la "coplearía", es decir a los textos de mayor difusión. Esto significa que la literatura "popular", de mayor consumo, no ha dejado rastro alguno en los inventarios notariales y que es necesario buscar en otras fuentes testimonios fidedignos sobre las lecturas de la gente humilde e iletrada, lecturas que, por lo demás, bien pudieron ser compartidas por muy variados sectores sociales.

LAS "POBLACIONES DE ESCRITORES" SEGÚN UN ESTUDIO RECIENTE DE ROBERT DARNTON

Recogidos en un libro que se ha publicado este año en Francia, *Gens de lettres. Gens du livre*, pueden leerse unos once estudios muy estimulantes de un autor que se fía poco de los inventarios de bibliotecas pero que no deja de recoger cuidadosamente los resultados conseguidos en este sector y viene dedicando casi toda su labor a la difusión del libro. En uno de estos estudios, "Littérature et Révolution", intenta este autor saber cuántos escritores había en la Francia prerrevolucionaria, de dónde procedían, cuál era su condición en el orden social, proponiéndose además abordar los problemas de "una demografía y una sociología históricas". Para ello destaca la importancia de una fuente de excepcional riqueza: *La France littéraire*, guía oficiosa de los escritores y las obras, publicada regularmente en la segunda mitad del siglo XVIII hasta el año 1784. A partir de 1758, esta obra, que se presentaba al principio como un almanaque, viene dividida en tres partes: 1º una lista de todas las academias de París y de provincias con los nombres de sus miembros; 2º las noticias biográficas de todos los escritores franceses que viven entonces; 3º una lista de sus obras. Se considera como escritor todo individuo que haya publicado por lo menos un libro o un folleto, aunque sólo sea un sermón o un discurso académico. Utilizando y corrigiendo este instrumento de trabajo, cotejando sus noticias con las de ediciones anteriores para evitar reiteraciones y eliminar los nombres de escritores que fenecieron antes de 1784, calcula Darnton que vivían en Francia 2.819 escritores en 1784, y que el aumento de dicha "población" a partir de 1757 puede valuarse del modo siguiente: en 1757, 1.187; en 1769, 2.367; en 1784, como he dicho: 2.819.

Y piensa el autor de este novedoso estudio que en realidad serían unos 3000 los escritores franceses en 1789. Pero, desde luego, no se contenta con este censo muy peculiar de población. Pasa enseguida a aprovechar las noticias biográficas de *La France littéraire* para presentar interesantísimos cuadros y estadísticas de sociología histórica y distribución geográfica de lugares de nacimiento. De las muy densas páginas de este magnífico estudio tan sólo citaré brevemente la que viene dedicada a la importancia relativa de los tres estamentos en la "población de autores" entre 1757 y 1784. El porcentaje de los autores que pertenecen al clero en dicho período ha pasado de un 32% a un 20%, el de los nobles de un 9% a un 14% (porque son más numerosos los miembros de la nobleza militar que se dedican a escribir), el estado llano de un 55% a un 59%. Quedan sin identificar un 4% de autores en la primera fecha, un 7% en la segunda. El grupo social que cuenta con más escritores es la alta burguesía, y la burguesía con sus diversos estratos representa también la casi totalidad de este 59% ya apuntado. Como el lugar de nacimiento viene indicado en las noticias de *La France littéraire*, ha sido posible cartografiar el origen geográfico de la "población" estudiada, lo cual no ha hecho sino confirmar lo que habían destacado los especialistas de la historia cultural de Francia: procede la mayoría de los escritores del norte y noroeste, en que son más altas las tasas de alfabetización, más numerosas las escuelas primarias, las academias provinciales, los suscriptores y colaboradores de la *Encyclopédie*.

Tuvo *La France littéraire* un gran éxito en su tiempo, siendo considerada como una obra de imprescindible consulta. Afirma Robert Darnton que con ella se dio un paso importante hacia el reconocimiento, la consagración del literato como actor social.

Debió de difundirse ampliamente esta obra fuera de Francia, como lo atestigua la publicación de otra *France littéraire* elaborada con distintos criterios en Alemania después de la Revolución (1797).

En España es muy posible que inspirara a Juan Sempere y Guarinos el proyecto de su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, cuyos seis volúmenes aparecieron entre 1785 y 1789. Como reza el título comenta el autor en su "Discurso preliminar sobre los progresos de la literatura de los españoles", es selectiva la obra y se pretende con ella "poner a la vista mucho mejor que quantas apologías pueden escribirse", el estado actual de la literatura en España. "Mi ánimo, escribe Sempere, es incluir en ésta a todos aquéllos que en sus escritos han manifestado algún gusto en su modo de pensar, en el estilo, método y otras qualidades, que aunque no lleguen a constituir a sus Autores en la clase de originales, manifiestan a lo menos que han tenido algún discernimiento en la elección de libros y en el uso de su doctrina" (15).

(15) JUAN SEMPERE Y GUARINOS, *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (edición facsímil), Madrid, Editorial Gredos, 1969, t. I y II, p. 45-46.

Las noticias dedicadas a todos los autores que han vivido bajo el reinado de Carlos III, aunque se hayan dado a conocer bajo los de Felipe V o Fernando VI y hayan fenecido antes de 1785, son 114. Faltan en ellas muchas veces las fechas y el lugar de nacimiento del escritor. De modo que quien quiera emprender un estudio sociológico sobre estos "mejores escritores" tendrá que utilizar trabajos monográficos a ellos dedicados o la monumental *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII* de Francisco Aguilar Piñal. Así que un moderno instrumento bibliográfico es lo que permite suplir la falta, en España, de una obra antigua parecida a *La France littéraire*. En Francia ocurre lo contrario: la magnífica *Bibliographie de la littérature française du dix-huitième siècle* de Alexandre Cioranescu viene a ser, como lo demuestra Robert Darnton, menos rica de noticias que *La France littéraire*, compilación que fue realizada en el siglo XVIII por unos muy oscuros literatos.

Ya que no existió una *España literaria* concebida según el modelo francés ¿qué estudios cuantitativos pueden emprenderse con los millares de noticias que contiene la *Bibliografía* de Francisco Aguilar Piñal todavía inacabada pero ya utilizable puesto que el último volumen publicado (VI) permite abarcar toda la "población" de los autores españoles, de 1700 a 1808, alfabéticamente ordenados, hasta la letra Q, lo cual representará aproximadamente un 66,66% del conjunto? (16). Desde luego disponemos gracias a Francisco Aguilar Piñal de los mejores datos sobre la importancia numérica de los autores, el volumen y la naturaleza de sus producciones a lo largo de 108 años. Eligiendo a los escritores que, durante el reinado de Carlos III, publicaron por lo menos una obra: libro, folleto o alguna producción en periódicos, memorias, actas, etc. (y descartando a los que sólo nos dejaron obras manuscritas, que no son pocos) calculo que son 363 (de un total de 954) y 279 (de un total de 875) los que, respectivamente, vienen mencionados en los volúmenes II y III. El sondeo practicado en dos tomos (un 22,22% aproximadamente de las noticias publicadas y por publicar) de la *Bibliografía* nos brinda datos sobre 642 autores que algo publicaron entre 1759 y 1788. No es posible calcular cuántos vivían todavía en 1785, cuando salió el primer volumen del *Ensayo de una Biblioteca* de Sempere. Pero si estos criterios no pueden ser los de *La France littéraire* tan bien utilizados por Robert Darnton, la cifra obtenida es de insospechada importancia ya que deja razonablemente conjeturar que la "población de autores" en la España de Carlos III contó con unos 2.889 sujetos.

Tan elevada y sorprendente es esta cifra (a confirmar) que nos hace dudar del interés que pueda tener, por sí mismo, un censo de autores. Teniendo en cuenta la enorme diferencia que había entre la población francesa

(16) Parece que abarcará la obra 9 volúmenes de noticias y 1 volumen de índices.

y la española, el evidente contraste entre la extraordinaria vitalidad de las letras en Francia y su escaso cultivo en España, la cifra de 2.889 escritores obtenida por Darnton no puede ya parecer impresionante, y nos preguntamos incluso si es realmente significativa.

Lo que sí tiene una relevante importancia es el análisis sociológico de la "población de autores" realizado por el mismo estudioso. Desgraciadamente no podemos emprender un estudio semejante sobre los autores españoles. Faltan en demasiados casos datos biográficos en las noticias de la *Bibliografía* de Francisco Aguilar Piñal, a pesar de ser ésta una obra sin equivalente. El lugar, las fechas de nacimiento y defunción, el estado y profesión de muchísimos escritores hoy totalmente olvidados y de muy escasa fama en su tiempo faltan en la gran mayoría de los casos. Lo que rezan las portadas de millares de libros y folletos permite saber que muchísimos autores pertenecen al clero (un 33% como mínimo), y se podría calcular con cierta precisión la importancia de seculares y regulares, así como la de cada orden religiosa. Para los demás estamentos son muy insuficientes las informaciones asequibles. Y desde luego es imposible destacar, como hace Darnton en su análisis sociológico del mundo de los literatos franceses, el equivalente de una burguesía ni de un "Tiers État", ya que éste es muy distinto, sociológicamente, del estado llano español. Los abogados, los miembros de las profesiones liberales, que forman el conjunto más numeroso de la República de las letras en Francia, pertenecen allí al "Tiers État", mientras que en España, donde es también importante su papel (es el sector social donde se manifiesta el pensamiento más contestatario), lo más frecuente es que gocen de los privilegios de la hidalguía, condición necesaria, con la presentación de un expediente de limpieza de sangre, para ejercer la abogacía.

He aquí, rápidamente evocados, los métodos cuantitativos que más corrientemente se utilizan hoy día con el propósito de elaborar una historia cultural más arraigada en las realidades sociales, económicas, antropológicas. Nacerán más métodos si se descubre la utilidad, la rentabilidad de otras fuentes. Los progresos realizados en ciertos sectores (los estudios sobre la alfabetización y sobre los inventarios de bibliotecas) no suelen todavía integrarse en las historias de la literatura o del pensamiento porque no es frecuente que eruditos e historiadores sientan la necesidad de dialogar y cooperar. La especialización, necesaria, inevitable, en nuestros estudios, no debería impedir, sin embargo, que cada uno de nosotros tratara de tener una visión global de la historia cultural de España en una época determinada. Hablando de cultura en esta ponencia, he empleado la palabra en su sentido más estrecho que privilegia la adquisición del saber por los textos, desde la cartilla hasta las obras filosóficas y científicas. Aunque restringido, el campo así delimitado es inmenso y, como hemos visto, explorado a muy diversos niveles con documentación de muy variadas índoles. Pero no hay investiga-

ción que no necesite tomar apoyo, más o menos, en la bibliografía. Creo que cuando se acabe, dentro de dos o tres años, la publicación de la *Bibliografía de autores españoles*, dispondremos de uno de los mejores instrumentos para seguir el lento proceso de la Ilustración, valuando la producción de folletos y libros a lo largo de 108 años, captando evoluciones y cambios y haciendo estadísticas realmente significativas. Ahora bien, al estudio cuantitativo deberá unirse el cualitativo, el paciente estudio de millares de textos que no basta clasificar basándose en su título. Así podrá reducirse la distancia que separa los métodos cuantitativos del estudio del pensamiento.

Universidad de Bordeaux